

premio de estos distinguidos servicios le comisionaban para dirigir nuevos asesinatos; y por tales medios llegaba á reemplazar al presidente, si este era nombrado representante del pueblo ó ministro.

A la derecha del que desempeñaba este encargo, había un bufetito, en el cual estaba escribiendo un sugeto, cuyo nombre se había hecho sinónimo con el de *asesino*. En su ancha y lisa frente se leía escrito con letras de sangre LA MUERTE: su nervudo brazo hacía de continuo mil gestos homicidas, y parecía difundir LA MUERTE: de su boca en fin, como de la de una furia, salía y resonaba el terrible grito de LA MUERTE.

Entre este que la pedía, el presidente que la mandaba, y el secretario que estendía el decreto, había una silla de cuero usada ya por infinitos sentenciados, donde se sentaba el a-

cusado del día. Con el tiempo sustituyeron á esta silla, en que solo cabía una persona, tres órdenes de gradas en forma de anfiteatro. Allí hacina- ban sin distincion las edades, los se- xos, los estados, las sectas y las opi- niones; el opulento asentista general estaba al lado del miserable campesi- no; el zapatero remendon cerca del duque y del par; el decrepito octo- genario junto al agraciado y robusto jóven; el morador de las riberas del Escalda con el de los Alpes; el judío con el católico-romano; el constitu- cional Le Chapelier con el realista De Grammont, y el sensible Philli- peaux con el inhumano Hebert.

Ocupaba en esta ocasion el fatal a- siento una sola persona, que llamaba la atencion de todos los circunstantes. En este dia de mentiras, delaciones, humillaciones, denuestos y calum- nias, no vi su semblante inmutado ni

siquiera una vez. Podía decirse, que deseando batallar las pasiones groseras con las sublimes, habían escogido estas para domicilio el corazón de Antonieta, y para asiento su augusta frente; mientras que el tétrico odio, la venganza ansiosa de sangre, el fanatismo embriagado de falso zelo, la estúpida ignorancia, y la crueldad con su corazón de hierro, ostentaban su furor en los horribles semblantes de aquellos sangrientos jueces.

Después que por mandato de Fouquier se leyó la acusación, modelo de atrocidad y de pésimo gusto, se pasó al exámen de los testigos, entre los cuales había sujetos de opiniones, conducta y talentos muy diversos; pero que todos tardaron poco en experimentar la fatalidad de una misma suerte. Era cosa deplorable y estraña, ver en un mismo tribunal, juntos en el mismo recinto, y reunidos con el

mismo fin, al sabio y elocuente Bailly, que de la plaza de académico que honraba, ascendió al distinguido puesto de corregidor, para subir de allí al cadalso; al energúmeno Hebert, que aconsejando delitos consiguió el empleo que había obtenido Bailly á fuerza de inspirar y practicar la virtud; á Manuel, calumniado y asesinado, por no haberse atrevido á mostrarse decididamente virtuoso ó decididamente criminal; á D'Estaing, que inclinó bajo del hierro de los verdugos su laureada cabeza; á Valazé, que vivió como Aristides y murió como Caton; á Michonis y á los municipales, cuya imprudencia fué la causa de su muerte; al inhumano Simon, que reunía la ferocidad con la estravagancia; y al insigne Lecointre por fin, cuya cabeza exaltada estuvo siempre en contradicción con sus verdaderos sentimientos, y que por poco perdió á la

Francia, atropellando con una justicia intempestiva á algunos de sus despotas ya derribados.

La recapitulacion del presidente Hermann estaba escrita con mas método, y fué pronunciada con ménos arrebató que la acusacion; pero no se ocultó á algunos observadores, que en el ardor del debate y en la serie de las preguntas hechas á los testigos, se procuraba esparcir el gérmen emponzoñado del proceso, que se había de entablar en breve contra ellos. Así es que hubo momentos en que me pareció, que los dos Latour-du-Pin, D'Estaing, Valazé, Manuel, Michonis y Bailly habían pasado de testigos á acusados. El infame tribunal anticipaba las contusiones á los asesinatos.

María Antonieta satisfizo á las preguntas, y refutó todas las objeciones con particular moderacion y con admirable serenidad: apenas se me ha-

cía creible la mutacion que en ella observaba. Su frente sosegada, sus ojos apacibles, la perfecta tranquilidad de su semblante, sus ademanes circunspectos, y su sencillo, conciso y convincente discurso, al paso que escitaban el interes de los espectadores, provocaban la envidiosa ferocidad de los jueces. El dominio que la reina había adquirido sobre sí misma, se lo aseguraba sobre todos los demas: su moderada defensa y su afabilidad, si me puedo valer de esta espresion en semejantes circunstancias, se granjeaban las voluntades de los que estaban presentes; mas eran otros tantos delitos, de que se hacía culpable para con el tribunal. Quería este sin duda que se hubiese dejado llevar la reina de la altanería propia de su carácter, ó contaba á lo ménos con algun arranque fuerte del orgullo humillado; sin embargo nada de esto sucedió. Si qui-

siera ennoblecer este cuadro, grandioso de suyo, la compararía á una roca, que eleva hasta las nubes su tranquila frente, mientras las embravecidas olas se estrellan á sus piés; pero me limitaré á decir, que me pareció no la tenía mas inquieta la discusion de un asunto de que pendía su vida, que pudiera estarlo, si se tratara de un negocio doméstico. La inocencia resplandecía en su persona; y aunque procuraba disimular su superioridad, conservó siempre el semblante propio de los jueces, al mismo tiempo que estos parecían reos condenados á muerte. Solo una vez se escedió de los límites de moderacion que se había propuesto, en vista de la infernal atestiguacion de Hebert y de la infame interpelacion de un jurado. Afirmó el primero que Antonieta, despues de la muerte de su esposo, tenía escuela y había dado á sus hijos lecciones de

torpeza; que la salud de Carlitos se hallaba notablemente deteriorada á consecuencia de estos escesos, de que se horroriza la naturaleza y se avergüenza la honestidad; y que él mismo había denunciado los desórdenes de que era víctima, imputándoselos á su madre. Esta declaracion irritante y falsa abochornó é indignó á la reina, la cual recobrando con tan impensada conmocion su arrogancia habitual, tuvo á ménos el responder, contentándose con ridiculizar al desvergonzado delator con una cruel sonrisa. El presidente mismo no se atrevía á llevar mas adelante tan abominable informacion; pero un jurado mas insolente osó interpelar á la reina, y traspasó su corazon con el mas agudo puñal. Las facciones de Antonieta expresaban muy al vivo su cólera y horror, y sus ojos derramaron algunas dolorosas lágrimas, hasta que pro-

rumpió por fin con el acento del recato ultrajado : *La naturaleza rehusa contestar á semejante imputacion hecha á una madre : apelo á cuantas puedan hallarse aqui presentes.* Lloró despues de esta esclamacion , y luego recobró poco á poco su respetable y moderada serenidad.

Se encargaron de su defensa dos célebres abogados : el uno , que era Tronçon Ducoudray , murió despues ; víctima de la opresion directorial , en los desiertos de Synamary ; el otro , Chauveau-Lagarde , se ocupa con fruto en la gloriosa carrera de la abogacía , y varias veces ha visto premiado su talento , librando del cadalso á los infelices , que hubieran perecido por el influjo de la ignorancia ó de la preocupacion. Ambos se valieron , para defender á la real cliente , de los fecundos recursos de la elocuencia ; y aunque la de Ciceron desarmó en o-

tro tiempo á César , que había ido al tribunal con desígnio de castigar , y le obligó á perdonar ; los defensores de Antonieta , ménos afortunados , porque hablaban á corazones mas empedernidos , apelaron en vano á todos los medios de este arte maravilloso. Y ¿ qué númen ó qué prodigio hubiera podido ablandar estas almas fieras , para las cuales el delito era una necesidad , un placer y una obligacion ? ¿ Ni cómo hubiese perdido el tribunal la útil y gloriosa ocasion de acreditar su zelo á los decenviros , ofreciendo ensangrentada á sus piés la cabeza que ántes había ceñido la corona ?

Despues del alegato de los defensores , pidió Antonieta y obtuvo permiso para hablar , y pronunció poco mas ó ménos el siguiente discurso , que los periódicos de aquel tiempo se guardaron bien de publicar.

» Nunca me he hecho ilusion acerca de la suerte á que me destinabais : habéis decretado mi muerte , vais á pronunciarla , y estoy resignada. En vano mis defensores os han manifestado que yo ni era , ni podía ser delincuente : estáis convencidos de mi inocencia , pero lo estáis aun mas de que es preciso que muera. Cumplid pues con la comision que se os ha encargado , enviándome al suplicio ; y mañana al rayar el dia , id á recibir la paga por este nuevo asesinato , presentando mi cabeza á los piés de vuestros amos. »

» Permítaseme con todo aprovechar los últimos momentos que se me conceden , para dar algunos consejos saludables á los que me oyen , á vosotros mismos y á los usurpadores. »

» Cabezas del poder que se llama Gobierno , ya está llena la medida de vuestras autoridad , y va á verterse

por todas partes. El cúmulo de vuestros delitos se levantará contra vosotros ; la sangre derramada sin justicia ni utilidad , clama ya por la venganza ; la conseguirá , y vosotros pereceréis sin remedio. »

» Verdugos vestidos de jueces , la impunidad de vuestros crímenes os alienta á cometer otros nuevos. Vuestra embriaguez sanguinaria que os tiene adormecidos , os causará vahidos dentro de breve , y entónces desaparecerán el aparato consolador y las esterioridades de la justicia que ahora os afianzan ; caerán vuestras mascarillas de jueces ; se verán vuestras caras de asesinos , y pereceréis sin falta. »

» Vosotros , franceses , á quienes la tiranía codicia y devora ya en su interior , ¿ queréis libraros de sus insultos ? Cuando seáis arrastrados ante este tribunal , negaos á responderle , haciendo presente su incompetencia.

¿ Se atreverá á degollaros sin haberos oído? Si á tal se atreve , acabará al momento su poder, y la sangre que ha hecho derramar, retrocederá para anegarlos. »

» Yo misma, que hago esta advertencia , os hubiera tambien dado el ejemplo, si solo fuese muger ; mas era y soy todavía madre, y la naturaleza me prescribía que me conservase para mis hijos. »

» Al salir de una vida que me es odiosa tanto tiempo, les tengo lástima, porqué la han de disfrutar bajo el dominio de los mismos que la llenan de amargura. ; Así el Eterno, protector de la inocencia, los liberte, llamándolos á sí, del suplicio á que viven destinados ! »

» Doy gracias al público por el silencio que ha guardado, miéntras se ventilaba mi causa, pues me ha dado con esto una prueba de los deseos que

tiene de mi libertad. Estoy agradecida á mis defensores por su zelo ; he gozado por la última vez de los nobles acentos de la elocuencia , y nunca he oído otros que mas persuadiesen. ; Ojalá sean mas afortunados en otra ocasión ! »

» Esposo mio , voy á encaminarme á la muerte por las sangrientas huellas que me has señalado. Dentro de algunas horas me uniré contigo en la region de la verdad y de la justicia. »

» A Dios , pueblo bueno, aunque inconstante : cuando llenabas de flores y perfumabas con inciensos mi trono ó mi carroza , estabas muy distante por cierto de creer que pararía en un patíbulo. A Dios.... voy á sacrificarme á tus estravíos ; pero lego mi hijo á tu generosidad. »

» ¿ Están ya dispuestos los verdugos y levantado el cadalso ? Dadme el paraben , porqué una muerte gloriosa